

LAS CIUDADES DE PONIENTE

Nicolás Miñambres

Una vez más Antonio Pereira retorna a ese mundo occidental en el que siempre se ha localizado su literatura. Lo hace en esta nueva entrega con un título alusivo a los escenarios en los que los ambienta esta serie de relatos. Oriundo y defensor ferviente de una villa que sintetiza todas las virtudes y encantos del provincianismo, Antonio Pereira goza además de una exquisita condición de cosmopolita. Y es esa condición el elemento que adensa esa sensibilidad que siempre muestra en sus escritos. Esta es la razón de que sus relatos no tengan nunca ese tufillo provinciano que desprenden los de otros escritores.

No todos los relatos en efecto se ambientan en el contexto espacial al que el título alude, pero es un detalle nimio. Ese espíritu de «Las ciudades de poniente» flota en la mayoría de ellos, transformándose en el ambiente de irrealidad y misterio necesarios para que todo pueda ocurrir sin sobresaltos, para que nunca presente aires de crónica humana demasiado pedestre. Los sentimientos universales de estas gentes de variada condición y el marco en el que el escritor nos los presenta, van enriqueciendo el universo literario de Antonio Pereira.

No se trata de relatos de gran contenido. Muchos de ellos son sólo la lírica evocación de un ambiente o una sutilísima etopeya de un personaje, cuya condición extrema nunca se transformará en caricatura desgarrada o en esperpento sombrío. Hay en Pereira una constante preocupación por aliviar los relatos de todo dramatismo, transformándolo en un sentimiento de tristeza.

Este estado de armonía se complementa con la técnica literaria elegida, la narración en primera persona, que permite un acercamiento en su lectura. El escritor es uno más de los personajes y su visión, por tanto, mucho más humana y próxima a lo que narra. De esta forma, la función apelativa convierte al lector en un destinatario personal y no libresco.

Pero esto no quiere decir que nos hallemos ante una literatura de elaboración elemental o de génesis precipitada. Nada más lejos de ese peligro; se trata de perfilar un universo literario que el escritor ya ha mostrado en otras obras. No es la precipitación o la urgencia el estilo creativo que le caracteriza y por eso no lo acepta. Véase como confirmación la crítica festiva, pero mordaz que ofrece al respecto en el relato «Cuento en la Escuela de Letras», con un aprovechamiento ingenioso de la

polisemia de «cuento».

Es difícil sintetizar el contenido de estos relatos, por cuanto son los sentimientos universales la materia que les da cuerpo literario. Con todo, se hace necesaria la referencia a dos de ellos, por lo que pueden tener de vinculaciones personales al escritor. Dejando a un lado «El apartamento» (un prodigio de ternura y desenlace inesperado), «El asturiano de Delfina» puede ser la estrella literaria para los conocedores de Antonio Pereira, el homenaje a Don Antonio González de Lama, los recuerdos y el sutilísimo clima sentimental que va adensándose a lo largo de las líneas, lo convierten en un relato de gran belleza.

Algo parecido ocurre con «El revisor parado», reflejo de la sensibilidad, las aficiones lectoras y las formas de entender la vida del escritor. Uno y otro son un buen símbolo del clima de estas narraciones, urdidas con el lirismo, la delicadeza y la pericia literaria de la que Antonio Pereira ha hecho en otras ocasiones.

Las ciudades de Poniente, Antonio Pereira. Premio de Narrativa Torrente Ballester. Anaya & Mario Muchnik (col. Analectas). Madrid, 1994. 198 pp.